

pues sin gastar los fondos de aquel tesoro, exclusivamente consagrados á la dotacion de sus soldados, Napoleón tomaba de él cantidades á préstamo, que el estado debia rembolsar en seguida pagando el capital y los intereses. Así es que Napoleón envió mucho metálico á Strasburgo, y dió fondos al príncipe Berthier, para superar con el poder del dinero contante los obstáculos que pudiera encontrar al tiempo de realizar sus mandatos.

Ya hemos visto que la guardia imperial viajó en posta, gracias á las carretas colocadas de trecho en trecho en el camino, por cuyo medio se enviaron tres mil granaderos y cazadores de á pie; pero como no podía usarse esta clase de transporte para la caballería y artillería, pusieron en camino por la vía ordinaria los granaderos y cazadores de á caballo, que eran unos tres mil, así como el parque de artillería de la guardia, compuesto de cuarenta bocas de fuego, en toda una reserva de siete mil hombres, propia para hacer frente á cuanto ocurriera de improviso. Napoleón, tan osado en concebir planes como prudente al tiempo de ejecutarlos, tenia en mucho las reservas, y para crear una mas que nada instituyó la guardia imperial; pero como no tardaba en descubrir los inconvenientes que resultan de las cosas mejores, le pareció que aquella guardia era demasiado costosa, y temió que si la formaba con reclutas, iba á dejar al ejército escaso de hombres escogidos. Los velites, que eran una especie de voluntarios enganchados, de que se le ocurrió valerse para aumentar la guardia sin necesidad de acudir al ejército, le parecieron tambien sobrado costosos y pocos, por lo cual mandó componer, con el tí-

tulo de *fusileros de la guardia*, un regimiento de infantería, cuyos soldados debian salir del cupo anual, y los oficiales, cabos y sargentos de la guardia, debiendo llevar el uniforme de esta y servir con ella, con la única diferencia de ser tratada como tropa bisoña, es decir de no entrar tanto en accion, disfrutar un leve aumento de sueldo, y tener á poco todas las cualidades de la misma guardia, sin costar tanto, y sin privar al ejército de sus mejores soldados. Hasta no ver el resultado de aquella ingeniosa combinacion, recurrió Napoleón al medio ya usado de sacar de los cuerpos y reunir en batallones, las compañías de granaderos y zapadores, que fué como formó en 1804 los granaderos de Arras, convertidos despues en granaderos de Oudinot. En aquella época se tomaron las compañías de todos los regimientos que no estaban destinados á formar parte de la expedicion de Boloña; pero despues de lo de Austerlitz, varias de dichas compañías pasaron de nuevo á sus cuerpos. Napoleón mandó, pues, agregar á las que habian quedado juntas los granaderos y zapadores de los depósitos y regimientos estacionados en las divisiones militares números 25 y 26 (pais comprendido entre el Rhin, el Meuse y el Sambra), organizarlos en batallones de á seis compañías cada uno, y dirigirlos á Maguncia. Aquel era un nuevo cuerpo de siete mil hombres; que unido á la guardia imperial, debia hacer subir la reserva del ejército á catorce mil, y añadió dos mil cuatrocientos dragones escogidos, formados en batallones de á cuatro compañías ó escuadrones, debiendo servir ya á pie ya á caballo al lado de la guardia. Los referidos escuadrones, sacados de Champaña,

Borgoña, Lorena y Alsacia, podian ser conducidos al Mein en veinte dias poco mas ó menos.

La reserva, cuya composicion acabamos de describir, añadida á los conscriptos sacados de los depósitos, iba á aumentar considerablemente las fuerzas dispuestas á marchar á Prusia. El ejército grande se componia de siete cuerpos, seis de los cuales se hallaban en Alemania, y el segundo habia pasado á Dalmacia á las órdenes del general Marmont, siendo los comandantes de ellos los mismos de antes. El mariscal Bernadotte mandaba el primer cuerpo compuesto de veinte mil hombres; Davout mandaba el tercero compuesto de veinte y siete mil; Soul estaba á la cabeza del cuarto, cuya fuerza ascendia á treinta y dos mil soldados; Lannes, siempre fiel, pero sensible é irritable, dejó por un instante el quinto cuerpo, de resultas de un disgusto pasajero; pero acababa de volver á tomar el mando, así que empezó á hablarse de guerra, de dicho cuerpo, que subia á veinte y dos mil hombres, á pesar de que ya no formaban parte de él los granaderos de Oudinot. El mariscal Ney seguia mandando el sexto, que habia quedado reducido á veinte mil soldados vivos y efectivos. El sétimo, mandado por el mariscal Augereau, ascendia á diez y siete mil, y la reserva de caballería, que andaba diseminada por los paises abundantes en forrage, podia reunir veinte y ocho mil caballos. Murat continuaba al frente de ella, y habia recibido orden de dejar el ducado de Berg, orden que se apresuró á cumplir, porque deseaba volver á dar principio á una clase de guerra que tan bien sabia hacer y porque entrevia, en premio de sus hazañas, no un ducado sino un reino.

Aquellos seis cuerpos, con la reserva de caballería, ascendian á ciento setenta mil combatientes, y añadiendo la guardia, las tropas escogidas, los estados mayores y el parque de reserva, puede decirse que el ejército grande se componia de unos ciento noventa mil hombres. Era de presumir que en los primeros dias no podrian reunirse todos, pues de la guardia y las compañías preferentes, solo debia haber llegado la guardia de á pie, pero ciento setenta mil hombres eran suficientes para dar principio á aquella guerra. Componianse los cuerpos de las mismas divisiones, las mismas brigadas y los mismos regimientos que en la última campaña: disposicion acertadísima, porque tanto los oficiales como los soldados se conocian ya, y se fiaban unos de otros. En cuanto á la organizacion general, continuaba siendo la misma, esto es, la que Napoleon substituyó á la organizacion del ejército del Rhin, y cuya escelencia acababa de experimentar en la campaña de Austria, la cual fué la primera en que se vió á doscientos mil hombres marchar á las órdenes de solo un gefe. El ejército se dividia como siempre en cuerpos de infantería y artillería, con algunos cazadores y húsares que los protegiesen; la caballería en masa continuaba bajo el mando de Murat, pero Napoleon era su verdadero comandante por los motivos que en otra parte hemos dado á conocer; y la guardia, así como las compañías preferentes, formaban una reserva general de todas armas, que nunca dejaba á Napoleon, y marchaba á su lado, no para cuidar de su persona, sino para obedecer con mas celeridad sus mandatos.

Las órdenes para que el ejército se pusiese en

movimiento, se dieron de modo que pudieran estar cumplidas para principios de octubre, previniendo Napoleón á los mariscales Ney y Soult que se reuniesen en el país de Bareuth, para formar la derecha del ejército; á los mariscales Davout y Bernadotte, que se reunieran alrededor de Bamberg para formar el centro; y á los mariscales Lannes y Augereau, que se reuniesen en las cercanías de Coburgo, para formar la izquierda. De este modo concentraba sus fuerzas en las fronteras de Sajonia, llevado de miras militares, cuya estension y profundidad apreciaremos bien pronto. Murat tenía orden de reunir la caballería en Wurtzburgo, y la guardia de á pie, conducida en seis días al Rhin, marchaba hácia el mismo punto, debiendo hallarse en sus puestos aquellos diferentes cuerpos para el 3 ó 4 de octubre, con orden espresa de no pasar las fronteras de Sajonia.

Dispuesto ya todo, lo mismo en lo relativo á la seguridad del imperio, que en lo concerniente á la guerra activa que iban á emprender, se decidió Napoleón á dejar á París, sin que á todo esto hubiese acontecido novedad alguna en las relaciones con Prusia. Laforest guardó silencio, segun le habia prevenido Napoleón, pero escribió diciendo que dominado el rey por pasiones de córte y las que abrigaban los jóvenes aristócratas, habia salido para su ejército, por lo cual era inevitable la guerra, á menos que los dos monarcas tuviesen algunas esplicaciones directas desde sus cuarteles generales, esplicaciones que pusiesen término á aquella deplorable falta de inteligencia, y pudieran dejar satisfecho el orgullo de ambos gobiernos.

Desgraciadamente no eran de esperar semejantes esplicaciones, pues aunque Mr. de Knobelsdorf que se habia quedado en París, aseguraba que las intenciones de su gabinete eran de paz, estaba muy poco iniciado en el secreto de los negocios, y no comprendiendo como no comprendía, las pasiones de su córte, hacia al lado de Napoleón el papel de un personage respetado pero inútil. Segun las noticias que llegaban del Norte, Rusia se preparaba á tomar las armas en favor de Prusia; pero segun lo que escribían de Austria, esta nacion carecia de fuerzas, y miraba con ódio á Prusia, siendo temible para Francia solo en caso de un gran revés. En cuanto á Inglaterra, así que murió Mr. Fox, el partido de la guerra inauguró su triunfo haciendo proposiciones inadmisibles, como, por ejemplo, que se concediese á los Borbones de Nápoles, es decir, á los ingleses, las islas Baleares, la Sicilia y la Dalmacia; proposiciones que lord Landerdale, amigo sincero de la paz, sostenia metódicamente, porque su cándida ignorancia no le dejaba ver las verdaderas intenciones de su gabinete. Napoleón no quiso despedirle bruscamente, pero le dirigió una respuesta que equivalia al envío de sus pasaportes, disponiendo en seguida se pasase una comunicacion al Senado en que se espusiesen las negociaciones de Francia con Prusia, y el triste resultado que habian tenido. Con todo, mandó retardar el envío de dicha comunicacion hasta que se declarase la guerra entre ambas naciones de un modo irrevocable: pero como era preciso motivar su salida de París, anunció que puesto que las potencias del Norte tomaban una actitud amenazadora, creia necesario ponerse á la cabeza de su

ejército, á fin de estar prevenido para lo que pudiera suceder. En seguida tuvo un consejo para explicar á los dignatarios del imperio lo que debían hacer y el papel que les correspondía desempeñar en los diferentes casos que podían presentarse; y como el archicanciller Cambaceres, en quien tenía suma confianza, aun estando en París sus hermanos Luis y José, debía poseerla en mayor grado, cuando no dejaba allí ni un príncipe siquiera de su familia, le dió poderes ilimitados, haciéndole presidente del consejo de Estado, del Senado y del consejo del Imperio. Junot, que era uno de los gefes mas adictos á Napoleon, obtuvo el mando de las tropas acantonadas en la capital, y solo quedaron en París las mugeres de la familia imperial, pues asustada Josefina al ver á Napoleon espuesto á nuevos riesgos, pidió y logró permiso para seguirle hasta las orillas del Rhin, creyendo que si se establecía en Maguncia podría tener noticias de él con mas frecuencia. Además del gobierno del imperio, el archicanciller debía correr con el de la familia imperial, pues Napoleon le mandó aconsejase y contuviese á las personas de dicha familia que faltasen en algo ó á la decencia, ó á las reglas trazadas por el mismo Napoleon.

El 24 de setiembre por la noche se puso éste en camino en compañía de la emperatriz y Mr. de Talleyrand, se detuvo algunas horas en Metz para ver la plaza, y se dirigió en seguida hácia Maguncia, á donde llegó el 28. Allí supo que se habian cruzado en su marcha él y un correo de gabinete procedente de Berlin, que debía entregarle las últimas esplicaciones de Prusia, de suerte que solo avanzando hácia Alemania podia obtener las acla-

raciones definitivas que esperaba. En Maguncia vió al mariscal Kellermann, que estaba dedicado á organizar los depósitos, y al mariscal Mortier que mandaba el octavo cuerpo, y volvió á explicarles como tenían que obrar á medida que fuésen ocurriendo los sucesos. Además mandó completar las provisiones reunidas en Maguncia, introdujo algunas modificaciones en el armamento de la plaza, apresuró la marcha de los soldados sacados de los depósitos, y el envío de víveres y municiones destinados á pasar del Rhin al Mein, para subir por el mismo Mein hasta Wurtzburgo. Una multitud de oficiales, corrian en todas direcciones, y se presentaban á cada momento á darle cuenta de las comisiones que habian desempeñado: además, acostumbrados á no afirmar nada que no hubiesen visto por sus propios ojos, iban y venian sin cesar, para darle á conocer el verdadero estado de las cosas y el punto donde se habian cumplido sus órdenes. En Maguncia despidió Napoleon su servidumbre civil para conservar únicamente la militar, y se sintió conmovido algun tanto al ver llorar á la emperatriz, pues aunque tenía confianza en su suerte, se apoderó de él la inquietud general que producía en torno suyo la perspectiva de una guerra duradera en el Norte, en regiones apartadas y contra naciones nuevas para él. Separóse, pues, con algun sentimiento de Josefina y Mr. de Talleyrand, y siguió su marcha, yendo á distraerle á poco lo vasto de sus pensamientos, y el espectáculo de inmensos preparativos, de un género de emociion que de mejor gana alejaba de su alma, que de su imperioso y tranquilo semblante.

En Wurtzburgo le esperaban mucho generales

y príncipes alemanes, para rendirle homenaje, anticipándose á todos el nuevo duque de Wurtzburgo, propietario y soberano de aquel punto. Aquel príncipe á quien conoció en Italia, recordaba á Napoleon los primeros dias de su gloria, así como las mas amistosas relaciones, pues era el único soberano italiano que no se ocupó en hacer daño al ejército francés, por lo cual le hizo participar con sentimiento las vicisitudes que todos sufrían en aquella época. Napoleon se hospedó en el palacio de los antiguos obispos de Wurtzburgo, palacio magnífico, poco inferior al de Versalles, monumento pomposo de las riquezas de la iglesia germánica, tan poderosa y espléndidamente dotada en otro tiempo, como ahora pobre y decaída. Allí tuvo una larga conferencia con el archiduque Fernando acerca de la situación general de las cosas, y particularmente de las disposiciones de la corte de Austria, de la cual era pariente muy inmediato aquel príncipe, pues era hermano del emperador Francisco, y conocía á aquella perfectamente. Amigo de la paz el duque de Wurtzburgo, y dotado de los conocimientos que adornaban á los príncipes austríacos educados en Toscana, deseaba por su misma tranquilidad que Francia y Austria se aviniesen entre sí, de suerte que se aprovechó de los últimos sucesos para hablar á Napoleon de la cuestion de alianza, cuestion gravísima, declarar contra la de Prusia, y elogiar la de Austria. Para ello trató de sugerirle algunas de las ideas que predominaron en el siglo último, cuando unidos contra el gabinete de Berlin los de Versalles y Viena, estaban ligados, al mismo tiempo que por una guerra comun, por medio de matrimonios; y

le recordó que merced á aquella alianza estuvo la marina francesa en un estado brillante, esforzándose en querer demostrarle que aunque Francia era mas omnipotente que nunca en el continente, carecía á la sazón de las fuerzas marítimas que se necesitaban para restablecer y proteger su comercio, destruido hacia quince años. Semejante lenguaje no era nuevo para Napoleon, pues todos los dias lo estaban oyendo en boca de Mr. de Talleyrand; pero como el duque de Wurtzburgo creía al parecer que la corte de Viena se aprovecharía de aquella ocasion para unirse á Francia, á fin de que le sirviese de apoyo en vez de ser para ella un enemigo temible, Napoleon, que se hallaba dispuesto por las circunstancias que le rodeaban á acoger semejantes ideas, se conmovió de tal modo que escribió á su embajador Mr. de la Rochefoucauld, mandándole hiciese en Viena proposiciones de amistad, con tal reserva que no padeciese su dignidad, pero de modo que Austria supiese dependía de ella el formar con Francia una alianza íntima y cordial (1).

Por muy poderoso y confiado que fuese Napoleon, empezaba á creer que sin una grande alianza continental, siempre estaria espuesto á que se renovasen las coaliciones, á tener que aplazar su lucha con Inglaterra, y á gastar en tierra recursos que necesitaba invertir esclusivamente en el

(1) Para probar lo bien dispuesto que se hallaba Napoleon á transigir con Austria, publicamos la carta que escribió á Mr. de la Rochefoucauld, advirtiendo que las expresiones injuriosas de que en ella se vale para hablar de Prusia, deben atribuirse á lo enfadado que estaba por la conducta que con él habia observado

mar; y como acababa de escapársele la alianza de Prusia, que habia cultivado, por desgracia con poco esmero, era natural que pensase en Austria; pero aquella idea, reciente en él, era una ilusion momentánea, poco digna de su prevision. No hay duda en que si hubiera querido pagar de pronto con un sacrificio aquella alianza, y devolver á Austria algunos de los despojos que le habia arrebatado, se hubieran podido poner de acuerdo;

cuando menos lo esperaba, pues no solia espresarse en semejantes términos, sobre todo acerca del rey de Prusia, á quien apreciaba á pesar de todo.

*A Mr. de la Rochefoucauld, mi embajador cerca de S. M. el emperador de Austria.*

Wurtzburgo 5 de octubre de 1806.

Desde ayer me hallo en esta, habiendo tenido ocasion de hablar largamente con S. A. R., á quien he manifestado que estoy firmemente resuelto á romper todos los lazos que me unian á Prusia, sea cualquiera el resultado que tengan los negocios que hoy se ventilan. Segun las últimas noticias que he recibido de Berlin, puede ser que no estalle la guerra; pero estoy decidido á no ser aliado de una potencia tan velciosa y despreciable: lo que haré será á no dudarlo vivir en paz con ella, porque no tengo derecho para derramar la sangre de mis pueblos bajo frivolos pretestos. Sin embargo, como necesito una alianza en el continente para ocuparme en formar una marina, las circunstancias me obligaron á pensar en Prusia; pero esta potencia es en el dia lo que fué en 1740, y ha sido en todos tiempos, esto es inconstante y falta de honor. Al emperador de Austria, siempre le

pero cómo pedir á Austria, que habia perdido en diez años los Países Bajos, la Lombardia, los ducados de Módena y Toscana, la Suabia, y el Tirol y la corona germánica, cómo pedirle que formase alianza con el conquistador que le habia arrebatado tanto territorio y poderío? Podia esperarse que permaneciese neutral, despues de haber empeñado su palabra en el bivac de Urschitz, y acordándose de Rivoli, Marengo y Austerlitz: pe-

he apreciado, aun en medio de sus reveses, y de los sucesos que han labrado nuestra division, porque le creo un hombre constante y esclavo de su palabra. Debeis esplicaros, pues, en este sentido, aunque sin apresuraros mucho, porque si bien no tengo que temer á nadie por mi posicion y mis fuerzas, todos estos esfuerzos gravitan sobre mis pueblos. Yo necesito tener por aliada á una de las tres potencias, Rusia, Prusia ó Austria; pero como de ningun modo podemos fiarnos de Prusia, solo nos quedan Rusia y Austria. La marina floreció en otro tiempo en Francia, merced á la alianza de Austria, y ademas esta potencia necesita estar tranquila, en lo cual estoy conforme con todo mi corazon. Me convendria una alianza que estuviese fundada en la independencia del imperio otomano, la garantia de nuestros estados, y arreglos que consolidasen el imperio otomano, dejándome en libertad de dirigir mis esfuerzos hácia la marina. Como la casa de Austria me ha hecho insinuaciones muchas veces, creo que el momento actual es mas favorable que ninguno si sabe aprovecharlo. No os digo mas. Al principe de Benevento he manifestado mi modo de pensar mas minuciosamente, y no dejará de poneros al corriente. Por lo demas, el dia en que hayais dado á conocer lo mas ligeramente posible, que no estoy lejos de adherirme á un sistema que anudase mis relaciones con Austria, ese dia habreis desempeñado vuestra tarea. Tened siempre fija la vista en Moldavia y Valaquia, á fin de avisarme cualquier movimiento que los rusos intenten contra el imperio otomano,

Recibid, etc.

NAPOLION.

ro atraerla á una alianza era una quimera de Mr. de Talleyrand y del duque de Wurtzburgo, uno de los cuales obraba por afición, mientras que el otro se hallaba dominado por los intereses de su nueva posición. Esta tendencia á buscar una alianza imposible, probaba harto bien la falta que se cometió tratando con ligereza la alianza de Prusia, que era á un mismo tiempo posible, fácil, y se fundaba en grandes intereses comunes. A mayor abundamiento, aquel arreglo con Austria, era un ensayo que Napoleón hacia de paso, por no desperdiciar una idea útil, pero cuyo buen éxito no tenía por indispensable, en el alto grado de poder á que había llegado. Efectivamente, á pesar de todo lo que se decía de los prusianos, tenía esperanzas de derrotarlos tan bien y tan pronto, que no tardaría en ver postrada á sus pies á la Europa, siendo su aliado el abatimiento de sus enemigos, á falta de su buena voluntad.

También llegó á Wurtzburgo un individuo de la confederación del Rin de suma importancia, esto es el rey de Wurtemberg, que en otro tiempo fué simple elector, y entonces era rey creado por Napoleón; conociéndosele por un príncipe dotado de un carácter violento y de no escasa penetración. Napoleón tenía que arreglar con él los pormenores del casamiento en que ya habían convenido, á saber, del príncipe Gerónimo Bonaparte con la princesa Catalina de Wurtemberg, y después que se ocupó de aquel asunto de familia, se entendió con el rey de Wurtemberg acerca de la cooperación de los confederados del Rin, quienes debían dar unos cuarenta mil hombres, sin contar los quince mil bávaros que se hallaban en los

contornos de Braunau. Como los alemanes auxiliares no habían llevado á bien el servir á las órdenes del mariscal Bernadotte durante la campaña de Austria, y los bávaros más que ningunos pedían por gracia especial se les permitiese no militar bajo su mando, se decidió que todos los alemanes auxiliares formarían un cuerpo solamente, y que marcharían en pos del ejército grande, á las órdenes del príncipe Gerónimo, que había dejado el servicio marítimo por el de tierra. Estando como estaba destinado aquel príncipe á contraer matrimonio con una princesa alemana, y probablemente á recibir su dote en Alemania, era acertado hacer que se familiarizase con los alemanes, al mismo tiempo que estos se familiarizaban con él.

La conversación del emperador de los franceses y del monarca alemán giró en seguida sobre la corte de Prusia, acerca de la cual podía dar á Napoleón el rey de Wurtemberg muchas noticias, pues tenía una porción de cartas escritas en Berlín, en que pintaban, con subidos colores la exaltación que se había apoderado de todas las cabezas, incluso las que parecían estar más sanas. El duque de Brunswick, que por su edad é ilustración, no debía participar del arrebató general, se dejó llevar también de él, y escribió al rey de Wurtemberg, amenazándole con que no tardaría en ir á plantar las águilas prusianas en Stuttgart si no abandonaba la confederación del Rin; pero poco intimidado con semejantes amenazas el rey de Wurtemberg, enseñó todas aquellas cartas á Napoleón, quien sacó provecho de ellas, no sin que se aumentara la soberbia que ya tenía á la corte de Prusia. Napoleón se informó y mucho,

acerca del ejército prusiano y de su mérito real y positivo; y el rey de Wurtemberg le celebró extraordinariamente la caballería prusiana, presentándola á sus ojos como tan temible, que admirado el emperador de lo que acababa de oír, habló de ello con todos sus oficiales, cuidó de irlos preparando para aquel encuentro, les recordó el modo de maniobrar que habia tenido en Egipto, y les dijo con la viveza de lenguaje peculiar en él, que era preciso marchar hacia Berlín *formados en cuadro de doscientos mil hombres.*

Aunque Napoleon no habia recibido una declaración de guerra definitiva de parte de la corte de Prusia, se decidió, por el único hecho de haber invadido el ejército prusiano á Sajonia, á tener por declarada la guerra, y así como el año anterior habia calificado como un acto de hostilidad la invasion hecha en Baviera por el Austria, calificó tambien aquel año como otro acto de hostilidad el que Prusia hubiese invadido á Sajonia. Este modo de sentar la cuestion era hábil, pues así daba á entender que solo intervenia en Alemania para proteger á los príncipes alemanes de segundo orden, contra los de primero: por lo demas, con tales condiciones podia tenerse por completamente declarada la guerra, pues los prusianos habian pasado el Elba por el puente de Dresde, é iban rodeando la estrema frontera de Sajonia, como los franceses lo hacian por su parte, en el mero hecho de ocupar el territorio franciano.

Para comprender el plan de campaña de Napoleon contra Prusia, uno de los mas bellos y grandes que se han concebido y ejecutado en el mun-

do, necesitamos fijar la vista en la configuracion general de Alemania.

El territorio aleman pertenece á Prusia y Austria, cuyas potencias dividen entre sí la riqueza, la dominacion y la política, dejando entre una y otra cierto número de pequeños estados, que deben la independencía que hoy conservan á su situacion geográfica, á las leyes del imperio y al influjo francés. Austria está situada en el Oriente de Alemania y Prusia en el Norte, ocupando la primera casi todo el hermoso valle del Danubio, rio de considerable estension, tortuoso, encajonado desde que nace entre los Alpes y los montes de Bohemia, que se ensancha mas abajo de Viena, y adquiere cien leguas de latitud entre los montes Cárpatas y los de Iliria, abarcando en aquellos anchos ribazos el soberbio reino de Hungría. A Austria es preciso buscarla en el fondo de aquel valle, pasando el Rhin alto entre Strasburgo y Basilea, atravesando en seguida los desfiladeros de Suabia, y descendiendo por un camino peligroso el curso del rio hasta la rada en que se alza Viena. Prusia, por el contrario, está situada en las vastas llanuras del Norte, cuya entrada ocupa, por lo cual se llamaba antiguamente *Marca de Brandeburgo*, y para llegar á ella es preciso, no subir el Rhin alto hasta Basilea, sino pasarlo por la mitad de su curso en Maguncia, ó ir bajando hasta Wesel, y pasar de este modo ó dando la vuelta, el centro montuoso de Alemania. Apenas se llega mas allá de los montes poco elevados de Franconía, Thuringe y Hesse, se desemboca en una llanura inmensa, que recorren unos tras otros el Weser, el Elba, el Oder, el



Vístula y el Niemen, cuyo último rio termina por el Norte en el Occéano septentrional, y por el Este al pie de los montes Urales. Esta llanura se llama Westfalia, Hanover, Prusia, á lo largo del mar del Norte, Polonia en lo interior del continente, y Rusia hasta el Ural. En la pendiente de los montes de Alemania, que es por donde se llega á ella, es decir en Sajonia, Thuringe y Hesse, esta cubierta de una tierra vegetal sólida, y en la orilla de los rios de una riquísima tierra de aluvion; pero en el espacio que queda entre ambos rios, y sobre todo á lo largo del mar, siempre es arenosa, y como las aguas no tienen allí corriente, forman una multitud de lagos y pantanos. Por único terreno quebrado presenta dunas de arena, por única vegetacion abetos, abedules y algunas encinas, ofreciendo un aspecto tan triste y severo como el mar cuya imágen recuerda á menudo, como los altos y sombríos árboles de que está cubierta, como el cielo del Norte en fin. Las orillas de los rios son fertilísimas; pero en lo interior crecen acá y allá, en medio de los claros que dejan los bosques de abetos, mezquinas plantas; y si algunas veces presenta el espectáculo de la abundancia, es porque han estercolado el terreno grandes manadas de rebaños. Tanto pueden sin embargo la economía, la constancia y el valor, que en aquellos arenales se ha formado un estado de primer órden, que si no es rico vive con comodidad: ese estado es Prusia, obra atrevida de un hombre grande, de Federico II y de una série de príncipes, que antes ó despues de aquel monarca se guiaron por su mismo espíritu, aunque sin tener su genio. Y tanto es tambien lo que puede la

civilizacion, que del seno de aquellos pantanos rodeados de arenosos montecillos y cubierto de abetos y abedules, ha salido, gracias á Federico el Grande, el palacio real de Potsdam, esto es el Versalles del Norte, donde el genio de las artes ha sabido dar un tinte de hermosura y elegancia á la tristeza que reina en aquellas regiones frias y oscuras.

El Elba, que es el primer rio de importancia que se encuentra en aquella llanura, bajando de los montes del centro de la Alemania, es el punto principal del poderío prusiano, el baluarte que lo cubre y el vehículo que trasporta sus productos. En su curso superior riega los campos de Sajonia, atraviesa á Dresde, y baña el pie de la fortaleza de Torgau, que en otro tiempo fué sajona: en seguida pasa por medio de Prusia, rodea á Magdeburgo, que es su principal fortaleza, y protege á Berlin, esto es á la capital, que está situada mas allá, á igual distancia del Elba y del Oder, entre lagos, dunas y canales. En fin, antes de desaguar en el mar del Norte, forma el puerto de la rica ciudad de Hamburgo, que introduce en Alemania por las aguas de este rio todas las producciones del universo. Cualquiera comprenderá, pues, porque ambiciona Prusia la posesion de todo el curso del Elba, y desea absorber por una parte la Sajonia, y por otra las ciudades anseáticas y el Hanover, ambicion y deseo que hoy duermen, á causa de que satisfechas todas las ambiciones europeas á costa de Francia en 1815, se hallan adormecidas por algun tiempo, segun parece. Empero en la época cuya historia nos ocupamos en trazar, conmovidos los estados, ardía en todos ellos el fuego

de los deseos, y Prusia nos habia pedido las ciudades anseáticas: en cuanto á Sajonia, nunca se habia atrevido á reclamar otra cosa si no que estuviese bajo su dependencia, con el título de confederacion del Norte; y es natural que Napoleon abrigase con motivo de Sajonia la envidia que abrigaba con motivo de Baviera, cuando hacia el disparate de envidiar tambien á Prusia.

El que esté, pues, en guerra con esta nacion, debe pasar el Elba, como debe bajar el curso del Danubio el que quiera luchar contra el Austria. Una vez forzado el Elba, caen á tierra los medios de defensa con que cuenta Prusia, pues es lo mismo que quitarle la Sajonia, reducir á la nada á Magdeburgo, y dejar sin proteccion á Berlin, ocupando hasta sus vias de comercio, lo cual es de suma gravedad, en caso de prolongarse la guerra. Así es que mientras que con respecto al Danubio, hay que bajar su curso hasta Viena despues de llegar hasta donde nace, basta con respecto al Elba, pasarle para conseguir el objeto principal; y todo el que haya concebido los vastos designios de Napoleon, comprenderá la necesidad que habia de correr al Oder, para interponerse entre Prusia y Rusia, interceptando los socorros que pudieran enviarse mutuamente. Tambien es preciso avanzar hasta el Vístula, derrotar á la Rusia en Polonia, cuyos hijos abrigán en secreto contra ella tantos motivos de resentimiento, é imitar el ejemplo de Anibal, que vino á establecer la guerra en el centro de las provincias italianas, las cuales sufrían bramando de cólera el yugo mal asegurado de la antigua Roma. Tales son los escalones de esa marcha inmensa hácia el Norte, que solo un hom-

bre, esto es Napoleon, ha intentado hasta el dia. ¿Habrá quien la intente otra vez? Nadie lo sabe en el mundo; pero si la Providencia lo tiene dispuesto así, que á lo menos sea una tentativa formal, que redunde en beneficio de la libertad y de la independendencia del Occidente.

Sin embargo, para llegar á la llanura septentrional en cuya entrada está situada Prusia, es preciso atravesar el montuoso pais que forma el centro de la Alemania, ó bien dar la vuelta para ir á la playa que con el nombre de Wesfalia, se estiende entre los montes y el mar del Norte.

Aquella comarca, que cierra la entrada de Prusia, se compone de un grupo de montes cubiertos de árboles, largo y ancho, que por un lado toca en Bohemia, y por el otro se eleva en el Norte hasta los llanos de Wesfalia, en medio de los cuales termina, despues de adquirir mayor altura por un momento, para formar las cumbres del Hartz, tan ricas en metales. Aquel grupo montañoso, que separa las aguas del Rhin de las del Elba, cubierto en la parte alta de arbolado, hace que entren en el Rhin, el Mein, el Lahn, el Sieg, el Ruhr y el Lippe; en el Elba, el Elster, el Saale y el Vustrut; y por último directamente en el mar del Norte, el Ems y el Weser.

Para atravesar esa cordillera de montes, hay varios caminos: en primer lugar, se puede, saliendo de Maguncia, dirigirse hácia la derecha, y subir el tortuoso valle del Mein, hasta mas arriba de Wurtzburgo, y aun hasta el sitio donde nace. Allí, esto es, en las cercanías de Coburgo, se encuentran las cimas cubiertas de arbolado que con el nombre de selva de Thuringe, separan á la